

amaba en el mismo puesto, y oír en su ritmo penetrante y dulce, la canción rústica, mezclada al grito de triunfo de la Naturaleza veraniega en toda su magnificencia como un aviso de que el Otoño no está muy lejos.

Mariez-vous, car il est temps,
Belle Rose,
Belle Rose,
Belle Rose du Printemps.



LIBRO OCTAVO.

Los Simulacros.

I

LA VIDA MUNDANA.

El *Eidolon*.—El fetiche en el cual ya no se cree.—Las agonías de seres y de cosas.—Gacetilleros y escritores.—Estado de ánimo de las clases elevadas.—La indulgencia mundana.—La fatalidad económica.—La impecuniosidad.—Los expedientes.—La Francmasonería del placer.—El barón Seillières y la princesa de Sagan.—Una velada de hadas.—El conde de Chambord y la Aristocracia.—Wolff y Meyer.—Un rincón de Lesbos en París.—Culebras y sapos que uno se traga.—Las contemplaciones mundanas.—Decadentes, salvajes y niños.—Trucos é industrias diversas.—Las influencias ancestrales.—Pablo Bourget y sus falsas ideas.—Decadencia moral y renacimiento físico de la Aristocracia.—El secreto del encanto mundano.—Personalistas y egoistas.—Las víctimas del mundo.—Caro y el primo Pons.—Los que luchan y los que zozobran.—Malas maneras y distinción.—La religión y las personas del mundo.—Influencia muy relativa de los Jesuitas.—Un sacrificio inútil.—Los grandes señores de Rumanía.—Un recuerdo de la emigración.—Besamano ó no hay baile.

I

Carlyle es un pensador de rara intensidad. Es preciso leerle en el campo, despacio, con tiempo para deshacer una á una las fajas, á veces extrañas, que envuelven el ser íntimo y romper el hueso que contiene el tuétano sustantífico.

Escribe cosas exquisitas y profundas acerca de la idolatría, el *Eidolon*, cosa vista, símbolo, sensorial manifestación de una idea heroica ó divina. «Los ídolos, dice, no son idolátricos sino cuando llegan á ser dudosos, vacíos para el corazón del orador. La insinceridad es la que hace á los ídolos aborrecibles y á los idólatras odiosos. El hombre sincero, honrado, lleno de su fetiche, es, cuando menos, conmovedor.»

Debeis colocaros en este punto de vista si quereis juzgar bien este fin de mundo.

El carácter que lo domina todo es la mentira, la vana apariencia de las cosas que fueron realmente grandes y que acaban en comedias y muecas.

¿Acaso tomáis por lo serio á todos esos actores en escena, á esos magistrados que pronuncian gravemente fallos y que salmodian con voz sorda kyrielles de *atendiendos* solemnes, á esos herederos de nombres gloriosos que, os dicen, encarnan la antigua honra en frente de las vergüenzas del presente, á estos representantes de los principios monárquicos que solo esperan una ocasión para morir por su causa?

Entonces sufriréis realmente cuando se os demuestre que esos magistrados venden cínicamente sus sentencias, que esos nobles se interesan infinitamente más por un *garden party* que por cuanto pasa en Europa, que los defensores de la Realeza, no solamente no sacrificarían su vida, sino que ni arriesgarían un duro por su fe. Comenzásteis por bodeque y acabaréis con ser misántropo é hipocondríaco, y os descorazonará la universal impostura que es la señal de la época presente.

Siendo la verdad sana por sí misma, entristece menos al que se acostumbra á mirar á la sociedad contemporánea con mirada independiente y firme. Efectivamente, vemos ahora, según lo explicábamos en los comienzos de este libro, el úl-

timo período de una fase social, finales de cosas, acabamientos de seres. Las cosas finen en la forma en que fueron, los seres acaban en la modalidad en que vivieron. El cuerpo en el cual la llama vital está en camino de extinguirse guarda todavía el contorno general que tenía en el momento en que estaba lleno de fuerza.

Sin duda fuera interesante mostrar enteramente al por menor cómo desaparecían cada una de las representaciones del Pasado y es sensible que el escritor, continuamente medido en la vida mundana del siglo XVIII, esté hoy á cierta distancia de la intimidad de las personas del mundo.

Enrique Fouquier, Pablo Hervieu, Pablo Bonnetain escribieron páginas sutiles acerca del particular, pero, en mi concepto, no han puesto en claro el motivo exacto de esta especie de vacilación que el mundo demuestra al confiarse al escritor, mientras que se confía por completo al primer gacetillero que se le presenta.

El caso es diferente. No se le miente al gacetillero, porque nunca os pregunta sino lo que buenamente queráis decirle. Como el tapicero, como el repostero ó el jardinero, tiene su papel en la organización de la hechicería mundana; os suministra los epítetos: «Los cristianos incomparables, los jefes heroicos del partido monárquico, los descendientes de los héroes.» Esto no es consiguiente...

Para con un escritor, serían más generosas las personas del mundo, porque, si la misma Sociedad descansa en una impostura, las personas del mundo son menos hipócritas y menos engañosas de lo que se cree, por la excelente razón de que la hipocresía supone un trabajo, una fatiga y las personas del mundo son incapaces de este esfuerzo, viven en una ficción, pero no hacen nada personalmente para engañar á los que están en relaciones con ellos. Luego que habeis entrado en su casa, que os sentasteis á la misma mesa,

que tomasteis la taza de café platicando, las verdaderas personas del mundo se deshacen de los tapujos con que les disfrazan los periódicos distinguidos; vuelven á las tradiciones de inteligente y libre conversacion del siglo XVIII y os entregan ingénuamente el secreto de su alma. «Charette y sus zuavos pontificios, el odio implacable á la República, los mártires en el Circo,» todo esto es bueno para impreso en los papeles, y, aun no se les alcanza muy bien por qué se pone.

El verdadero estado de alma en todos es un profundo desden para los que nos gobiernan actualmente, un escepticismo inmenso, una bondad vaga ó más bien una falta completa de maldad, un deseo único, el de divertirse, y, por resumirlo todo, la frase del siglo XVIII: «Después de mí el diluvio.»

Es el mismo siglo XVIII, pero un siglo XVIII en que el blasfemo que mancha, el ateísmo que seca es reemplazado por una poesía religiosa que impregna todo el ser, que añade encantos á la existencia, pero que no tiene ninguna acción acerca de la conducta moral.

Observad que todos encuentran muy sencillo que les ataqueis, y os dicen: «¡Cuán cierto es lo que escribisteis!» Los sentimientos que les animan para con los judíos no son como en vosotros, de indignación por las exacciones cometidas, por la ruina del país organizada, sino una especie de desprecio indefinible, indecible, que vosotros mismos no sentís, porque tenéis admiración intelectual por las facultades especiales de esa raza; os refieren acerca de los judíos metidos en el movimiento mundano horrores que no quisiérais escribir, y añaden que comen en casa de Rothschild ó en casa de Hirsch el día siguiente...

El fondo de los nobles que desempeñan un papel en la

vida aristócrata de París es una risueña y suave sinceridad en la frivolidad, una convicción profunda de que terminó el papel de la Aristocracia.

Los mejores tienen esta impresión. Recuerdo una conversación que tuve con M. de Pimodan, que había venido á traermé un libro en verso: *Soirs de Defaite*. Es hombre de valor muy real, antiguo oficial ha sabido no estar ocioso y ha publicado un libro lleno de documentos curiosos: *La réunion de Toul á la France*.

En presencia de quien lleva tan ilustre nombre, del hijo del héroe de Castelfidardo, hice lo que hago con todos aquellos con quienes tengo ocasión de hablar, probé si podría contarse con él en un momento de insurrección en que unos cuantos centenares de verdaderos franceses de todos los partidos se apoderaran fácilmente de los bancos judíos. Mostréle cuán favorable sería la situación para preparar un movimiento. Me abrió su libro y me indicó estos versos llenos de tristeza en los que se afirman tan melancólicamente la disolución, el sentimiento de que todo es inútil, que ya no hay nada que hacer.

Nous sommes des vaincus, Français et Gentilshommes,
Deux fois vaincus! La gloire a quitté nos drapeaux,
Le pouvoir a quitté nos mains pâles; nous sommes,
Avec nos titres vains, de brillants oripeaux,

Des haillons d'hyacinthe et de pourpre que foule,
Le pied de l'ouvrier sifflant au gai matin,
Et qui, le soir venu, sous les pas de la foule
Ne garderont pas même un r-flet de satin.

D'autres soleils on lui pour nous. La vieille Terre,
Lasse de supporter le poids de nos autels,
Impatiente, attend le joug du prolétaire...
C'est fini! N'accusons que les dieux immortels!

De desear sería que un escritor nos legara el cuadro de

este mundo, que lo mostrara tal cual es de algunos años acá, absolutamente desmoralizado, si os parece, ó supremamente indulgente si así lo preferís.

La indulgencia en efecto es la nota característica de esta sociedad. Todo pasa. En el momento de algun grave escándalo, todas las personas que han sido educadas en una especie de religion del honor tienen un pequeño sobresalto, algo como el estremecimiento del carnero que baja la cabeza, cuando el viento sacude demasiado su vellon, pero toman luego su partido. La fatalidad económica lo domina todo, y por esto el capítulo actual forma la continuacion natural de los capítulos dedicados á la cuestion social.

Con las proporciones que ha tomado el lujo, dar una fiesta es cumplir para con sus semejantes un acto de laudable generosidad.

Un testigo atento de la vida mundana, Gaston Jollivet, ha indicado el contraste que existe entre las costumbres de fasto insolente actual y las costumbres de una época que no dista sin embargo mucho de nosotros:

Habréis oido hablar de los famosos lúnes de la Emperatriz. Los trataria de sardanapalescos cierto republicano que en 1870, para derrocar el Imperio y sus lúnes, dió una gran cantidad, la que él gasta ahora para dar un baile. Pues bien; interrogad á los invitados á aquellas pequeñas fiestas de las Tullerías de entonces, y os dirán que en los lúnes de la casa de la Emperatriz no habia regalos de cotillon. El marqués de Caux iba ágilmente á tomar una naranja del bufet, una rosa de una cesta, para ofrecerlas á su pareja, y todos tenian esto por suficiente. Diez ó quince años atrás se conservaban todavía en París estas tradiciones de cotillon modesto. En muchas casas, hasta opulentas, habia muchas *figuras* en las que no se daba nada. Los accesorios quedaban en la casa para otro baile, cuando no se habian alquilado, y eran sencillas baratijas, cajitas de carton, banderillas, corazones dorados con su llave. Teniase por lujo traer al niño alfileres para los cabellos

con una mariposa en el extremo ó flores de muchos colores hechas de papel.

La quinta avenida de Nueva-Yorck ha desembarcado en París y cambiado todo esto. Una señora americana importó, para uno de sus cotillones, los primeros dijes de oro. Habrá de esto unos diez años. La idea pareció excéntrica, pero se le dispensó á la dama. Luego siguieron otras señoras en sus casas. ¡Es tan sabroso aventajar á la vecina! Y la sociedad parisien se acostumbró á estas munificencias. Cierto que hubo sus respingos paternales, el dia siguiente de un baile, al desembalar objetos traídos: “¡Cómo, hija mia, te pagan entonces como bailarina!” Pero semejantes protestas se han calmado muy luego al contacto de una mano puesta amablemente en la boca, y los padres han amistiado.

Actualmente, esto marcha. Un cotillon cuesta de diez á veinticinco mil francos. Hombres y mujeres traen cigarreras, alfileres de corbata, abanicos de gasa adornados con hermosas pinturas, flores, palmatorias, cestos dorados llenos de flores artificiales que pueden ponerse en un sombrero de señora, bolsas de oro. ¿Para cuando el oro en la bolsa?

En los mismos lúnes de la Emperatriz de que acabo de hablar, la cena que seguia al baile, cuando se cenaba, no era más que un sencillo ambigu frio que se comia de pié en el bufet. Ahora, mucho tiempo hace que ha caido en desuso el cenar de pié. Cada señora de casa se cree obligada á tener mesitas con cesta de flores y mesas con viñetas. Y la cena es caliente, si os parece, lo que hace estar revuelta toda la casa durante toda la noche. ¡Cuán hermosa es la fortuna!

Pero lo malo es que las personas del mundo y la Fortuna comienzan á estar enredados. En elevadas esferas se padece el mal que Mercier llamaba la impecuniosidad. Los colonos no pagan y las tierras no se venden.

Tener dinero ha pasado á ser una ventaja de cada vez más notable. No creo faltar á las buenas relaciones sociales recordando las dificultades que una dama, que, á su mucha inteligencia reúne maravilloso talento de cantante, encontró para hacerse admitir en los salones aristocráticos algunos años há. En vano era marquesa por su matrimonio, no de-

jaba por esto de ser hija de un refinador, y á cada momento se lo recordaban.»

Es verdad que la dama no tenia dificultad en contestar y que muchos se arrepintieron de haberla atacado.

Cierto dia tenia una taza de thé cuando M. de Choiseul Praslin le dijo irónicamente:

—Marquesa, creo que teneis una mancha de azúcar en el vestido...

—Esto no es nada, respondió la Señora de X... Solo las manchas de sangre no se borran...

Actualmente la marquesa, que se ha vuelto á casar después y hasta se ha divorciado, no es ni más inteligente, ni más amable que ántes; pero es siempre muy rica mientras que la sociedad se ha empobrecido en torno de ella; en la vida elegante ha conquistado un puesto al que no se hubiera atrevido á aspirar ántes; se cita su nombre á cada instante y mete más ruido ella sola que cuatro—lo que es la ambicion de toda mujer en nuestra época...

Para sostener su lujo, están obligados algunos mundanos á acudir á medios que, á menudo, nada tienen de honrosos, pero, cuando les sucede alguna desgracia, están seguros de que la Sociedad francesa hará complacientemente la vista gorda.

El noble que, el año pasado fué sorprendido trampeando en el juego no fué castigado estrepitosamente y se echó tierra al asunto. Era un amigo del duque de la Rochefoucauld-Douleauville, un puro en el punto de vista legitimista y hasta, según aseguran, un buen hombre. Tenia veinte mil libras de rentas, y gastaba cien mil, y daba bailes con cenas en mesitas: su mujer era una de nuestras elegantes. ¿Qué queriais que hiciera? Lo que ha hecho era ciertamente menos vergonzoso que vivir en el lujo, como ciertos maridos complacientes, á expensas de los amantes de su mujer.

Sin embargo, este último caso es muy frecuente y os citan los nombres fácilmente. La señora Moraines, la heroína de Bourget, que, además de su marido, tiene un viejo general para sostener la casa y un poeta para satisfacer la necesidad de ideal, no es una individualidad aislada. Cada uno sabe que una gran mundana cuyo nombre figura en todas las descripciones de fiestas tiene 6,000 libras de rentas.

Otras *professionnal beauty* están alistadas en la misma bandera: no es un misterio para nadie el nombre de los que les permiten tener un palacio, caballos, y gastar 100,000 francos anuales para vestirse.

Segun las ideas que teneis de los salones antiguos, os imagináis que las mujeres, aunque no fuera sino por envidia ó por espíritu de maledicencia han de abrumar á sus rivales. Lo actual es totalmente distinto. La gazmoña Arsinoe seria infamada en todas partes.

La sociedad que quiere divertirse, vivir en medio de las fiestas, forma una franemasonería en la que cada cual se compadece de las flaquezas del vecino. Las mujeres ricas saben lo que cuestan los sacrificios con que se matienen en primera fila; se unen de corazon con las que luchan, como pueden, todo lo excusan, y tienen como se dice, «idea de la situacion.» Una de las fiestas deslumbradoras, de que nos hablan todos los periódicos, es un esfuerzo comun y se agradece á los que participan del placer general. La señora Moraines no es una depravada, sino una mujer sacrificada que, tomando un anciano amante para pagar sus trajes, se sacrifica por la colectividad. Tiene algo del raciocinio de los Anarquistas, porque, en el fondo, todas las clases, en una misma época tienen concepciones morales, casi idénticas.

Para el Anarquista, el compañero que comete un robo para sostener la caja de un grupo ó para ayudar un periódico es un hermano animoso que se sacrifica por la causa.

Para las personas del mundo, aquellos ó aquellas que se procuran de una manera más ó menos confesable algo con que contribuir á la alegría general son dignos de toda simpatía.

La necesidad de divertirse es una especie de razon de Estado que se antepone á todo y lo legitima todo.....

Todo cuanto ha podido escribirse acerca del baile de las bestias de la princesa de Sagan no ha sido óbice para que la princesa sea considerada como una Providencia mundana, que no puede atender á las invitaciones cuando anuncia una fiesta.

Aquí estoy más á mis anchas que poco ántes, porque nada es tan difícil como tratar ciertas cuestiones de psicología social cuando se quieren describir las costumbres de su época sin acudir á alusiones transparentes, sin hacer demasiado claro el pasaje que subraya.

La princesa de Sagan es la hija del baron Seillières, y el baron Seillières se suicidó cuando iba á ser conducido á policia correccional por haber defraudado al Estado como proveedor del ejército poniendo sellos falsos en telas reconocidas por de mala calidad (1).

El hecho es notoriamente público. Los periódicos judicia-

(1) El empleo fraudulento de los sellos verdaderos honra al inventor. Procédese por via de decalco; volviendo á aplicar el sello de la comision fresco aun de un vestido admitido á otro vestido defectuoso.

Un coronel declaró que las averiguaciones hechas en cada regimiento consignaban que era tan mala la tela que no admitia compostura; la tela no resistia á la aguja, el hilo no podia sostenerse en la misma y la tela chupaba el agua como una esponja.

les publicaron extensamente el proceso, en el *Nacional* un hombre de mucho talento, que no es otro, segun creo, que M. Aureliano Scholl, publicó acerca de esta familia una página de historia social más atrevida que todo cuanto he escrito yo nunca y dió acerca del asunto de las telas los más completos pormenores. Chirac ha hecho figurar el asunto en sus *Reyes de la República (Historia de las Juderías)*:

Cerca de nueve años despues, dice, se suscita otro escándalo; pero, esta vez es más grave, tambien hay judíos en el asunto, especialmente un llamado Luis Isaac Cahen, llamado Lyon. Tratábase naturalmente de suministros para el ejército y tambien de la fábrica de Pierrepont.

A Seillières se le habia adjudicado en 1868 el suministro de las telas y otros accesorios necesarios para el vestuario de la gendarmería y de la guardia de París.

Habiéndose descubierto muchísimos fraudes, debiéronse practicar diligencias desde los primeros meses de 1869. En 1870, un juez de instruccion formaba expediente. La guerra interrumpió su trabajo, luego despues la Commune, y, circunstancia tan extraordinaria como triste para la memoria del baron adjudicatario, *el expediente y los documentos de conviccion relativos á las diligencias quedaron consumidos en el incendio del Palacio de Justicia durante la semana sangrienta.*

No obstante, la justicia no creyó deber olvidar unas exacciones que habian causado al Estado tanto perjuicio, y, el 22 de julio de 1873, las evocaba ante el tribunal correccional del Sena, á la 7.^a Sala, presidida por M. Garin.

Solamente que, mientras la instruccion que duraba desde 1872 el baron Seillières habia *muerto.*

En un libro de estudio social, en visperas de una guerra, cuando todo lo referente al ejército debe llamar la atencion del público, tengo perfectamente el derecho de consignar que hay abastecedores del ejército que han robado al Estado.

Cierto que se me puede perfectamente condenar por haber ejercido mi derecho de escritor, pero los jueces que me

condenen cometerán una iniquidad, pues que es innegable que todo cuanto digo es rigurosamente exacto.

Todas las personas que traspasan el umbral del suntuoso palacio de la calle Santo Domingo saben pues que el dinero que sirve para recibirselas es dinero robado de los vestuarios de nuestros pobres soldados.

Mirad ahora la lista de los invitados de la fiesta del mes de junio pasado en el palacio de Sagan, y en ella encontrareis, excepto quizás algunos nombres equívocos, todos los representantes de la bella historia de Francia, nombres mezclados en todos nuestros anales, asociados á todos nuestros grandes hechos de guerra.

Entre los invitados, dice el *Gaulois*, que tomaron asiento á la mesa: duquesa de Doudeauville, conde de Saint-Priest, condesa de Gouy, baron de la Redorte, príncipe Luis de Ligne, condesa de Montgomery, marqués de Espeuilles.

Los demás convidados son: duque y duquesa de Mouchy, príncipe y princesa de Wagram, princesa Luisa de Ligne, marquesa de Galliffet, vizconde y vizcondesa de Chavagnac, conde y condesa de Montesquiou, conde y condesa de Mortemart, conde y condesa de Vogüé, conde y condesa de Kersaint, duque y duquesa de Gramont, señor y señora O'Connor, príncipe y princesa Carlos de Ligne.

Marquesa de Saint-Sauveur, conde y condesa Aimery de la Rochefoucauld, conde y condesa François de Gontaut, marqués y marquesa de Jaucour, vizconde y vizcondesa des Garets, conde y condesa de Salignac-Fénelon, conde y condesa de Espeuilles, conde de Mensdorff, vizconde y vizcondesa de la Rochefoucauld, conde y condesa M. de Amilly, señor y señora Gabriel Bocher, M. Bethmann y señora, señor de Stuers y señora, baron y baronesa de Boutray.

Conde y condesa Jorge de Gontaut-Biron, vizconde y vizcondesa Costa de Beauregard, marquesa de Espuilles, señor de Hononcelles y señora, M. Heath, conde Juan de Beaumont, conde de Crisenoy, conde Berthier, duquesa de Richelieu, conde y condesa de Lambertye, M. Staffor, M. de Monbrisson, marqués de Hautpoult, baron de l'Espée, señor de Escandon, príncipe de Poix, M. Alberto Abeille, conde Costa de

Beauregard, conde y condesa E. de Lambertye, baron y baronesa de Veufreland, conde y condesa de Chevigné, conde y condesa Tyszkienwicz, conde y condesa de Kergorlay, conde y condesa de Talhouet-Roy, príncipe de Broglie, conde del Lau-d'Allemans, vizconde de Trédern, marqués de Nédonchel, conde de Boisgelin.

También nos dice el *Gaulois* que el duque de Lorges habia organizado, con algunos amigos, el *lawn tennis* de las 4 á las 5 y ningun nombre es más brillante en nuestros fastos militares. El primer duque de Lorges, Luis de Durtfort Duras, hermano del duque de Rondan, tuvo muy importante parte en las victorias de Dettingen y de Fontenoy.

El mismo duque actual, según se me ha dicho, es un noble lleno de excecentes cualidades. No es menos cierto que va á regocijarse y comer en una casa donde el Robo pone los manteles y esto no es muy noble. Si yo hablara con él, es probable me dijera que tengo razon, pero que no por esto era menos encantadora la fiesta.....

Así lo creo francamente y me remito á Etincelle, quien ha escrito con este motivo una excelente página descriptiva. Es verdaderamente una hermosa vision de placer, de raro ornato, un parque en pleno París:

La noche pasada estaba ese parque lleno de poemas pequeños en zagalejos, de idilios y de eglogas vivientes, á que se correspondía con madrigales.

Esos pequeños poemas nada tenían de monótono; unos eran de Florian, otros de Bouffers. Algunos más modernos, de Musset, ó hasta de Sully-Prudhomme y de Coppée.

Pero toda esta verde magia bañada de los blancos resplandores de la electricidad se envolvía en un color Regencia.

¿Hay acaso algo más á lo Luis XV, por ejemplo, que el *soportal* á donde se entraba después de haber traspasado la gradería entre los dos vastos invernáculos, aquel *soportal* enteramente cubierto de plantas trepadoras, teniendo por techumbre un enverjado cubierto de flores? Colgadas sobre la

cabeza de los danzantes habia multitud de arañas sostenidas por trenzas de flores.

Margaritas de luz esparcidas en el musgo semejaban estrellas caídas de un fuego artificial. Arañas de muchos colores colgaban en los paseos de tilos, entrecruzando sus verdes abovedados. En todas partes cordones fulgurantes dibujando las elegantes líneas de los jardines á la francesa y sobre la mole casi negra de los árboles del fondo, una Diana radiante por los reflejos eléctricos, dispuesta á lanzarse al sonido de las trompas que tocan hombres en severo traje negro, con el pantalón blanco y las botas altas.

Los trajes eran de exquisito capricho: eran la imaginación de lo pasado añadida á los refinamientos de lo presente.

La Señora de Sagan, con adornos á la Polignac, con un sombrero de paja replegado á un lado por un enorme manojo de espigas de trigo dorado, distribuía, con suprema gracia, los accesorios del cotillon: jaulas doradas con un colibri dentro de ellas, afileres de perlas finas, etc.

Muerto el padre en las condiciones deshonrosas que sabemos, secuestrado el hermano después de los escándalos que indignaron á todo París, sin duda que muchas cosas forman todavía un fondo algo sombrío para esta fiesta deslumbradora, pero el espectáculo no es por esto menos hechicero.

Cuando se haya abierto la nube siniestra que amenaza la Europa, se haya desencadenado la tempestad y el Pueblo, á quien se desafía con estas fiestas insolentes, ocupe la Capital como dueño y quizás haya instalado su muchachería andrajosa en los soberbios palacios, será interesante la página trascrita. Leyéndola, se piensa en las últimas horas de 1792, en que, después del 10 de agosto y hasta los asesinatos de setiembre, se representaba todavía la comedia de sociedad y las piezas de Florian en algun castillo oculto entre verdor; se estaba bien, á sus solas, queriase cerrar el oído á los rumores trágicos que llegaban de París y algunos caballeros se pavoneaban todavía con hermosas damas, paseándose al través de los grandes paseos cubiertos ya por las hojas de otoño.....

El sociólogo debe reconocer la evidencia de que las clases sociales no se convierten; mueren en la lógica de su desarrollo. «Una aristocracia, dijo Chateaubriand, pasa por tres fases: la de los servicios, la de los privilegios, la de las vanidades.» Las clases superiores se encuentran en 1889 donde estaban en 1789; es la fase de las vanidades que termina como terminaba en 1789 la de los privilegios.

La decadencia se ha precipitado sobre todo desde algunos años y nada es tan curioso de observarse como la rapidez con que se ha producido un cambio que, por otra parte, nadie niega.

Mientras vivió el conde de Chambord, guardó la Aristocracia cierto comportamiento. Todo se escribe con el tiempo y algun día se escribirá un libro verdadero acerca del conde de Chambord. No estorbará entonces la leyenda pantalla: «¡A caballo, señores! ¡Montjoie y Saint-Denis! ¡El rey viene! ¡Le acompañan 3,000 zuavos pontificios, fieros, implacables, muy resueltos á no volver vivos á su casa!» Se verá así mismo aparecer uno de los lados grandes de ese príncipe: la acción moral que del fondo del destierro, ejerció en las clases elevadas en Francia.

Cierto saint-simoniano habia formado todo un plan de reconciliación general haciendo casar todas las dinastías entre sí.

—¿Y qué haceis del conde de Chambord? le preguntaron.

—Le hago Papa, contestó.

Y, á la verdad, el conde de Chambord fué una especie de papa, *Papa*, un padre. De vez en cuando enviaba cartas que parecían encíclicas, y hacían bien. Durante los años siguientes á la guerra, mantuvo verdaderamente las clases directoras en cierta altura y, más que todas las músicas de los periódicos, afirma esto el poder de un principio cuando este se personifica en un hombre honrado.

Vino por añadidura la persecucion religiosa, y los decretos obligaron á las personas del mundo á guardar, por algun tiempo, cierta actitud de víctimas de Diocleciano. Han sentido, exteriormente á lo menos, la influencia de tantas páginas elocuentes acerca de los deberes de las clases privilegiadas. Ahora están del todo á sus anchas, dicen con alegre sonrisa que les va mejor á las bellas mujeres y á los jóvenes elegantes que la cara triste que antes afectaban: «¡Basta de vuestra fraseología acerca del agradecimiento de Francia y de nuestros deberes sociales! Murió el conde de Chambord; se le enterró; el conde de Paris no nos interesa en manera alguna; no le deseamos ni bien, ni mal. Si hay una Commune, procuraremos huir á tiempo, reunir nuestros capitales y llevarnos nuestros diamantes. Queremos divertirnos, representar la *Visite de Noces*, delante de nuestras hijas, vestirnos, bailar y amar.»

Esto se dice de un modo ligero y agudo, pero no se escribe, y, como Wolff tiene el sentimiento de todo cuanto debe evitarse hacer, llega como el intempestivo, y se regocija y rie con la gran carcajada de Behramaglia ó de Kislar-Agha, guardian de la puerta de la Felicidad, y muriéndose de risa pensando en las calaveradas de las sultanas. El Emperador de Alemania no piensa sino en batallas, la guerra inminente desde tantos años se acerca; Francia es ultrajada en todas partes; en Florencia, en Buda-Pesth, en Damasco; en su frontera sufre humillaciones que, segun la expresion de Julio Simon, no las hubiera tolerado el principado de Monaco; por esto el judío tudesco está lleno de entusiasmo y grita: «¡Id allí; divertios, pues! ¡agitaos, pues! ¡Viva la alegría y las patatas fritas!

Esta semana de carreras, de vida inaudita, de movimiento, de lujo y de alegría, recuerda el Paris de los mejores tiempos. No recuerdo haberlo visto tan bello; las fiestas brillan en todas

partes, en todas las clases de la sociedad. Donde continua siendo de buen tono reñir contra el régimen actual, apenas si se notaba que se lloraba algo ó alguien. No niego que la fidelidad de los recuerdos y de los corazones no haya sobrevivido á las épocas desaparecidas, no lo suficiente sin embargo para condenar lo que se llama el mundo á un luto eterno. La naturaleza lo ha dispuesto todo tan bien, que la necesidad de vivir se sobrepone siempre: las que fueron niñas en los últimos tiempos del Imperio han crecido y son ahora jóvenes que reclaman su parte de la vida. Por infamada que sea la República en esta sociedad, aún no he oido decir que haya impedido un cotillon en el mundo. En toda la línea no hay más que bailes, recepciones, cacerías, música en todos los castillos, linternas en todos los parques, deliciosos trajes en todas partes, una voluntad comun de combatir los puntos negros por los cohetes de fuegos artificiales y la luz eléctrica.

A esto se le llama nota de falsete.

Lo que digo hace rechinar á la sociedad distinguida que contesta: «Sé perfectamente que no tengo corazón, ni patriotismo, ni dignidad; pero no me gusta que me feliciten tanto por ello.»

Jamás escribiría Meyer una línea de este género. Por esto los jefes de las derechas consultan á Meyer acerca de los medios de salvar á la Patria, mientras que no consultan á Wolff.

Repito que esto es el final del siglo XVIII, con menor susceptibilidad, ó, mejor dicho, enteramente embotada por todo cuanto ofende á la delicadeza. A las costumbres privadas se les aplica la indulgencia que consignábamos para hechos más ó menos relacionados con el honor. La sociedad francesa es para todos los suyos de infinita mansedumbre y jamás proscribe á nadie. Las personas más honradas os refieren historias asombrosas acerca de parejas á quienes reciben; todo esto les parece muy picaresco y rien á reventar citándoos la frase de un Tricoche y Cacolet á un esposo que queria hacer sorprender á su mujer en flagrante